

No obstante, si hay un libro de Alberti donde el viaje tiene el sentido que le estamos dando, ése es *La amante*. Cada uno de los poemas o canciones que lo componen hasta la llegada del poeta a Madrid son los hitos del referido viaje, y quedan señalados por el nombre de un lugar:

San Rafael, donde la amante se ha perdido y el amado sale en su busca y la encuentra malherida; Aranda de Duero, donde el alba sorprende a los amantes; Gumiel de Hizán y Gumiel del Mercado, que presencian la unión de los amantes; Sotillo de la Ribera, donde un cura quisiera casarlos, pero ellos no ceden; en La Horra viven en una casa singular, y cuando el poeta desea regalarle algo a su amante, nada encuentra; en Roa de Duero, se hacen presentes el río y la seducción, al igual que en Peñaranda de Duero; en Clunia, las ruinas; Huerta del Rey, Salas de los Infantes, Quintanar de la Sierra y Canicosa de la Sierra enseñan un paisaje más risueño; Santo Domingo de Silos y Covarrubias, donde surge una amenaza para el amor; Lerma, Burgos, Villarcayo, Peñahorada, Valle de Valdivielso y Medina de Pomar asisten a algunas escenas de cortejo, antes de llegar a los prados previos al Cantábrico en Limpias, y ver «los mares del norte», ante los que el poeta llora, en Laredo, Castro Urdiales, Portugalete, Santurce, Sestao y Bilbao; Peña Orduña señala el principio de la vuelta, que se precipita por Miranda de Ebro, la Sierra de Pancorbo, Belorado y Pradoluengo, hasta la entrada en Madrid.

La mayoría de estos nombres corresponden a topónimos del noreste de Castilla, en la provincia de Burgos. Se puede decir que en su conjunto todos esos lugares podrían constituir una región de geografía accidentada, bastante singular en los elementos de su naturaleza, que nada tienen que ver con el grado cero del paisaje con el que frecuentemente se identifica la imagen de Castilla. La mítica costra del campo castellano, las insignificantes contingencias que reviste el terreno en la Meseta norte, la pura y simple intemperie que la representa, no son comparables con las praderas y pinares y oscuros montes boscosos de Quintanar de la Sierra, por ejemplo, donde es posible perderse:

*Por la espesura, mi amor,
se le ha perdido una cabra
y va llorando el pastor.*

*—¡Mi mastín, mi dulce galga!
Me los mataron los ciervos
en la montaña.*

*Por la montaña, mis ojos,
sóla, mi cabra. {22}*

Tampoco aquel desnudo poderío de la Meseta norte que sobrecogiera, entre otros, a Azorín, casa bien con la gracia de algunos parajes de las

cuencas altas de los ríos castellanos que Alberti hubo de recorrer en su viaje. En Azorín destaca la visión de un no paisaje, la ausencia de referencias que puedan adscribirse a un cromatismo. Sin embargo, el espectáculo que se le ofrece a Alberti en su recorrido tuvo que atraerle e impresionarle no sólo por el descubrimiento de que pudiera existir un paisaje sin mar, sino sobre todo por la variedad que el mismo presentaba, de la estepa arandina a los desfiladeros de Pancorbo.

Por esta causa, el viaje a través de semejante región tan sólo presentida, tiene de alguna manera un carácter exploratorio para Alberti, un carácter de conquista de un nuevo horizonte («el otro mar»). Dicen que los ojos sólo tienen una virginidad, y los suyos ya habían sido debelados por el mar del Puerto de Santa María. Puede ser, por lo tanto, que el merodeo por el paisaje petrificado de la Meseta no le supusiera al poeta más que el conocimiento de un mundo al que difícilmente se aspira cuando se es tributario de los caprichos y las misteriosas leyes del mar. Sin embargo, las canciones de *La amante* rebaten esa conjetura. Hay allí una interpretación de ese espacio contemplado por el poeta quien, como buen explorador, recubre con su lengua el territorio que recorre.

Quisiera referir un hecho personal. Cuando yo vi el mar por primera vez, contaba casi la edad que tenía Alberti cuando realizó su viaje. Ahora me ocurre todavía que cuando vuelvo a verlo, soy incapaz de pensar en otra cosa, es decir que el mar me ocupa toda la cabeza, por decirlo gráficamente. Es la consecuencia de haber perdido bastante tarde esa virginidad visual a que me refería. Supongo que a Alberti le pasó algo parecido con lo que para él debían ser cosas extraordinarias: precipicios calizos, promontorios nevados, prados verdísimos, torrentes, páramos desolados, etc., y es que se le despertó la atención, una atención nueva para detener la mirada en cosas nuevas. Aunque el viaje hubiera servido simplemente para comprender que sólo era feliz en la propia casa, en la casa ideal gaditana, ya perdida, por otra parte, o en la casa sentimental de la amante, el viaje hubiera cumplido su objetivo poético, sustanciando el paisaje en el filtro de la nostalgia, pero sin amañarlo, sin tener que retocarlo.

En los quinientos ocho versos de *La amante*, son numerosos los términos destinados a fijar la realidad física de los lugares que el poeta visita, los diversos aspectos de su naturaleza, pero esa profusión apenas compone un rostro, que se supone severo, del frío paisaje castellano. No puede decirse que, siendo un eje temático del libro, el paisaje de Castilla sea en él un fin, y que exista una voluntad de exaltar con crudeza o en detalle el teatro natural que le sale al camino como un montaje escénico. Al contrario, todo ello está dado, aunque con el minimalismo que caracteriza a las

canciones, sin descender a la minucia del pormenor, sin rendir culto a la naturaleza, por así decir.

La relación del poeta con el paisaje no posee la inmediatez que tiene la visión de un fondo de decorado para quien contempla una escena. Esta es la razón de la importancia del paisaje, no en éste, sino en todos los libros de la primera época de Alberti. En *La amante*, cada uno de los accidentes del paisaje constituye un episodio amoroso, forma parte de una estrategia sentimental. No es que una determinada vibración de la naturaleza acompañe como un incidente más o menos decisivo a la historia que los poemas cuentan y cantan en definitiva, sino que los distintos elementos del paisaje materializan el sentido de ese relato:

*Sólo por esta mañana,
dejadme guardar el puente,
que yo mandaré a las aguas
que encaucen bien su corriente.*

*Que van ciegas, ciegas, ciegas,
dándose hombros y frente,
mi amiga, contra las piedras. [29]*

Este acento de autenticidad, que produce la impresión de estar asistiendo a un mundo de cosas tangibles en el poema, recoge en realidad los meandros y la matizada expresión de una pasión amorosa.

En el siglo XVII, en Francia, se puso de moda elaborar lo que llamaban 'mapas de amor' (*Cartes de tendre*) que reflejaban toda la serie de eventualidades a que podía estar sujeta una relación amorosa. Sobre una comarca que solían cruzar tres ríos, el gran río del Amor, el de la Estima y el de la Amistad, se asentaban una multitud de pequeños pueblos con nombres como Sumisión, Complacencia, Tibieza, Asiduidad, Solicitud, Celos, Desconfianza, Ternura, Perfidia, Generosidad, Atenciones, Frivolidad, Sinceridad, Ausencia o Respeto. Los ríos atravesaban grandes ciudades que se denominaban Enamoramiento, Inclinación, Cariño, etc., y desperdigados por el mapa se hallaban otros accidentes geográficos: la Peña del Orgullo, el Cañón de la Ruptura, el Bosque de la Declaración o el Lago de la Indiferencia. El gran río del Amor desembocaba en un mar más allá del cual se abría un continente desconocido.

Pues bien, *La amante* describe a la manera de Alberti un mapa del amor, o más que del amor, del galanteo. El viaje —o la escritura, que como ya dijimos es aquí una misma cosa— sirve a un trabajo de seducción, y constituye, puesto en uno de aquellos mapas de amor franceses, un itinerario imaginario de los amantes a lo largo del río que remonta y atraviesa los escollos de los celos, los apacibles montes de la ternura, el lago inmenso de las caricias:

*Arriba, el balcón del frío,
las balaustradas del aire,
el cielo y los ojos míos.*

*Abajo, el mapa: tres ríos
y un puente roto, sin nadie.*

En este contexto, el paisaje adquiere una significación erótica que trasciende a ritmo, también amoroso, seductor, de las canciones, un ritmo para el encandilamiento, para el jugueteo erótico, para la conquista.

Hay quien, como María Asunción Mateo [*Rafael Alberti. Antología comentada*, vol. I, ed. de la Torre, Madrid, 1990, p. 89)], considera, sin embargo, que *La amante* no es un libro de temática amorosa, y que el amor es un elemento muy secundario en el libro, apenas un escenario o recurso para mostrar esas tierras del norte de Castilla. Dicha aseveración, a mi juicio, encuentra apoyo en la dificultad que hay en determinar quién sea la mujer real que se esconde detrás de un título tan explícito. Es ése uno de los aspectos más misteriosos de la obra por el cuidado que ha tenido Alberti en sugerir la inconcreta realidad de esa amante, a la que llama en ciertas ocasiones «amante ideal», «más soñada que cierta, la ideal compañera» [*AP, II*, p. 257 y 227], y que a veces puede hacer pensar en una ficción poética. Al final, naturalmente, no es otra cosa que eso: una voz, un personaje dentro de una ficción poética.

Pero el hecho de que en *La arboleda perdida* se refiera a ella como a una «bella amiga lejana de mis días de reposo guadarrameño» ha conducido a identificarla como Carmela Breguel, que veraneaba con su familia en San Rafael por el tiempo en que Alberti pasaba temporadas en la sierra madrileña. En la sierra alternaba «mi reposo... con enamoramientos más o menos durables», confiesa el poeta [*AP, I*, p. 163]. También pudiera haberse tratado de la pintora Maruja Mallo, a la que Alberti quería y admiraba mucho, y que solía pasar los veranos, precisamente, en Cercedilla. Para dar por buena esta hipótesis, sin embargo, habría que conciliar antes unas cuantas fechas. Por lo que he podido deducir, Alberti conoció a Maruja Mallo en 1926, «poco después de haber recibido el Premio Nacional», según afirma él mismo [*AP, II*, p. 26], y su viaje por tierras castellanas tuvo lugar en una fecha imprecisa, que unos, como el propio Alberti, fijan en 1925, y otros en 1926. Pedro Salinas lo recuerda así:

Estaba yo en Burgos, en 1926, y se presenta, de pronto, Rafael, todo encendido de expectación y prisa de enamorado camino de la cita. En un automovillo, con el baúl todo cargado de vinos olorosos, su hermano —representante de mostos gaditanos— le llevaba, de jubiloso compañero, a Santander. ¡Iba a ver al otro! Al otro mar, norteño, que no había visto nunca. [*Ensayos de literatura hispánica*, Aguilar, Madrid, 1958, p. 367]